

LA TRIBUNA

ÓRGANO DEL ATENEO ESCOLAR

Periódico literario, científico, artístico, de noticias é intereses generales.

Anuncios y comunicados á precios convencionales.

Dirección, Redacción y Administración:

Arco-Agüero, 5, bajo.

Precios de Suscripción:

A los socios del Ateneo, gratis.

A los demás, un mes, 25 cts.

Pago adelantado.

¿Derecho... ó fuerza?

El violento mar de las pasiones humanas cuando se desborda, arrastra en sus revueltas ondas todo cuanto signifique orden, todo cuanto signifique paz y armonía.

¿Qué ocurre en Barcelona? ó por mejor decir: ¿qué ha ocurrido en los países que se llaman civilizados, en las postrimerías de la pasada centuria, y en los comienzos de la presente? Rebelión, sedición, protesta del principio de autoridad, eterna llaga de la que no ha de verse libre la humanidad mientras subsista sobre la tierra: atentados de los que se llaman oprimidos contra lo que consideran tiranía de los apesores, amenaza constante del trabajo contra el capital, del obrero contra el patrono, del gobernado contra el gobernante... ¿Es ésto cultura? ¿és ésto progreso y civilización? ¿Es acaso que el pasado siglo de las luces iluminó nuevos derroteros llenos de san-

gre y de violencia, á través de los cuales cree el hombre que debe pasar á toda costa para llegar al fin de sus perseguidos ideales?

¡Ah! no ciertamente; los derroteros son los mismos.

Sangre y exterminio, anunció la primera alborada del siglo XIX, siempre la fuerza contra la tiranía ó contra el derecho, nos mostró el XVIII; se vió en el XVII y así en los demás. La fuerza no distingue: si es el derecho el que lesiona... fantásticas aspiraciones, la violencia se encarga de arrollarle... si es la tiranía la que hace gemir... la fuerza la desvarata: variarán si, los soñados ideales de una felicidad nunca llegada, variarán los problemas cuya solución se busca, las aspiraciones que se anhelan... pero el procedimiento, el procedimiento no ha variado ni variará jamás.

¿Qué ha hecho pues la decantada civilización en pró de esto que llaman problema social? Domina el hombre la materia, logró hacer volar sus palabras so-

bre la superficie del globo con la rapidez de su propio pensamiento; esclavizó el vapor, logrando burlar impunemente las fatales leyes de la inercia; unió mares, perforó cordilleras, y se hizo obedecer del rayo.

¿Cómo no pudo evitar con el pararrayo de la razón y del derecho, las tremendas tempestades de sus propias flaquezas?

Pequeños, grandes, sabios, ignorantes, proletarios, poderosos, abigarradas muchedumbres, ilustradas colectividades, todos, todos sin excepción gritan, ¡derechos! que se respeten nuestros derechos, que la ley les de su más firme garantía. ¡Qué por nadie sean violados! ¡Qué las conquistas de la civilización los hizo manifiestos con nuestra personalidad!

¡Ah! sí, es muy cierto: todos invocan sus derechos, todos se agarran á él, como al ancora de salvación en el naufragio social: ¿pero y de deberes? ¿quién recuerda los deberes? seguramente que no olvidarán los ajenos, pero serán muy contados quien recuerde los propios; y como querrá que sin cumplir deberes no hay *derecho para exigir derechos* y estos han de realizarse á toda costa, viene necesariamente la férula sustitutiva del deber y surge violento, impetuoso é inevitable el choque; viene la fuerza con sus desmanes, la violencia con sus extravíos y en revuelto turbión bajo sus garras, descontentos y mantenedores del orden, inocentes y pecadores, débiles y

fuertes, mezclan sus alaridos, sus gemidos y gritos de agonía en medio del siniestro resplandor del incendio, con el pavoroso estruendo de la destrucción y la ruina.

¿No hay medio para detener en su carrera este torrente avasallador que amenaza destruir todo orden social? ¿Es el hombre que dominó la naturaleza, tan cumplidamente impotente para dominar sus propias pasiones?

¿Cuáles son las causas de este desconocimiento del deber, é impulsivas de la fuerza?

¿Son individuales? ¿son sociales? ¿Hay por ventura que buscarlos en la aberración y abusos del que manda, ó en las exageradas pretensiones del que obedece?

Escuelas, centros de instrucción, gritan las apostales que pretenden con los consejos darle solución al problema.

Harmonía entre el capital y el trabajo, grita el economista con el mismo objeto. ¡Ah! más no es eso; buscad la moralidad en el hogar doméstico, la educación de las clases proletarias y menesterosas, proteged la familia, ampararla, defenderla, ella es el primer amparo del individuo, ella ilumina por primera vez su alma en las relaciones del hombre con su semejantes; ella le alimenta en su seno y forma su corazón; ella es la piedra fundamental del edificio social. Que el padre haga conocer al hijo sus deberes y aprenderá éste á reconocer sus derechos y el de sus conciudadanos; que el hijo preste reveren-

cia y respeto al padre y á la madre y aprenderán estos á conocer sus deberes mútuos con el doble carácter de padres y esposos.

Mientras esto no se consiga, vanos serán los esfuerzos de los gobiernos para contrarrestar el impulso de las airadas muchedumbres, como vanas serán las violencias de estas para conseguir sus aspiraciones imposibles. No es solo la escuela; pues la triste experiencia nos dice que no son ignorantes ni rudos todos los que mediante el santo trabajo manual se procuran su subsistencia... no es la mayor remuneración de los servicios, la causa fundamental de la protesta; pues no es donde menos medios económicos ofrece el capital al obrero donde con más frecuencia surgen las tristes coaliciones que deploramos.

Es el conocimiento de los derechos mediante la práctica de los deberes... es la noble, la santa institución de la familia, la que únicamente puede alejarlo de la fuerza y de la violencia.

PLOTINO.

RAPIDA

Cuando entré en el salón, me fijé en aquella niña, pálida, esbelta y gracil; luego supe quien era, cómo se llamaba y que asistía por primera vez á un baile.

Estaba elegantísima: el traje

de gasa blanca, rizada en menudos pliegues, desde la cintura hasta el suelo; por único adorno una rama de jazmines que, partiendo del pecho, llegaba en graciosas curvas casi al borde de la falda, honestamente escotada, sin pendientes y el pelo sencillamente recogido, en un moñete graciosísimo formado con estudiado desgaire. Era rubia, blanca, delicada, fina, de manos aristocráticas y piés preciosos: semejante á la figura que un novelista pudiera concebir, para personificar todas las suavidades y dulzuras que caben en el alma femenina, durante ese primer periodo de la juventud en que la ingenuidad y la inocencia tienen aún mayor encanto que la gracia y la belleza. Parecía el prototipo de esas vírgenes, tan niñas, que alejan del pensamiento la idea de maternidad.

Sin embargo, en sus ojos grandes, azules, claros de color y misteriosos de expresión, había algo, un algo indefinible que daba miedo.

Tenia la boca correctamente dibujada, de líneas purísimas pero sin esas suaves ondulaciones que, siendo apenas perceptibles cuando la fisonomía está tranquila, bastan para indicar la ternura de la sonrisa y la dulcedumbre del beso.

Las miradas parecían curiosas, ávidas, insostenibles, pero incapaces de piedad; sus palabras debían de ser astutas, cautelosas, zalameras, pero frías.

Sin que el recuerdo pudiera

justificarse por la semejanza de las formas ni por nada, yo, al ver á aquella niña, me acordé en el acto de una pautera jovencilla, ágil y preciosa que ví hace años en una colección zoológica.

Luego comprendí que en ambas se daban juntas y en proporción análoga, la gracia, la ligereza y cierto aspecto de animalillo juguetón y cruel.

De pronto, la niña echó á correr hacia el opuesto extremo de la sala y se paró ante un cuadro que representaba un desafío. Dos caballeros se batían en mangas de camisa y espada en mano: uno acometiendo con furor; otro colocado á la defensiva. Lugar de la escena, un jardín; en segundo término los padrinos, más lejos un coche envuelto entre la neblina gris de un amanecer de invierno, los árboles secos y el suelo tapizado de finísima escarcha.

Sin un gesto trágico, sin una gota de sangre el cuadro era terrible!

La niña lo contemplaba con indecible curiosidad y yo á ella con creciente interés, cuando vino á colocarse á su lado una señora ricamente vestida.

Entonces la muchacha se apoyó en ella, rodeándole con un brazo la cintura y extendiendo la otra mano hacia el lienzo, pronunció con acento dulcísimo estas palabras:—Dí, mamá ¿es así como se matan los hombres por nosotras.....

.....

M. D. DEL M.

PENSAMIENTO

A la distinguida señorita C. Alvarez

Querer describir con la pluma tu angelical belleza y hermosura, es punto menos que imposible; á los hombres no nos es dado hacer una descripción por muy superficial que esta sea, de seres tan puros y perfectos como son los ángeles; al hacerlo nos encontraríamos con una barrera imposible de poder ser traspasada por la pobre inteligencia humana; en esa descripción aún el sabio más sabio se extrellaría ante el abismo insondable que se abriría á su paso.

Es pues imposible que sea descrita más que por los mismos ángeles.

C. G.

INSPIRACIÓN.

Entre yerbas amarillas
de prado que fué esmeralda
crecieron mil florecillas,
cuyas corolas sencillas
eran humilde guirnalda.

Una serena mañana,
cual de costumbre tenía
con su manto de oro y grana,
salió la aurora temprana
la precursora del día.

Y al extender los albores
de sus rayos argentados

miró entre las pobres flores
mostrar sus bellos colores
como reina de los prados.

A una rosa que de hermosa
envidia á la aurora dió
y al verla tan candorosa
la aurora, triste y llorosa
líquidas perlas vertió.

Las flores que allí crecieron
cuando á la rosa miraron
su humilde condición vieron
su pobreza comprendieron
y su desdicha lloraron.

A *Flora* todas culparon,
más luego que comprendieron
su error, y se consolaron
la bella rosa admiraron
y tributo la rindieron.

Esclavas fueron las flores,
la rosa, reina del valle
ostentaba sus colores,
su caliz nido de amores
mecido en flexible talle.

Y su aroma delicado
que el céfiro arrebatava
cual galan enamorado,
cruzando veloz el prado
todo el prado perfumaba.

Tu eres Dolores la rosa
de mi pobre inspiración
la que floreces hermosa
y en cuyo caliz reposa
la esencia de mi ilusión.

Y de aquellas pobres flores
que en seco cesped crecieron
sin aroma y sin colores
y que á los rudos calores
del estío perecieron;

Retrato mis versos son
que faltos de poesía

aunque hijos del corazón
no colmaron la ambición
que animó la musa mía

JUAN DE OZAETA.

AMOR

El emblema del amor;
Su más sublime fianza,
Es la mútua confianza
De uno y otro adorador.
Es el no mentir jamás
Ni aún en los casos extremos
Es decir lo que sabemos
Sin quitar ni poner más
Es no cubrir la verdad
Por ocultar algún daño,
Que resulta desengaño
Al saber la realidad.
Es ese amor ó pasión
A los demás no esconderlo,
Cuando no teme al hacerlo,
Que rebaja el corazón.
Es la guia en los valientes;
Es perder sosiego y calma;
Es hacer tan solo un alma,
De dos almas diferentes.
Es la misma voluntad
Uniendo dos corazones;
Es hacer las ilusiones
De mayor intensidad.
Es la expresión verdadera
De todos los ideales;
Es convertir en reales
Las ilusiones primeras.
Es luchar con fe obstinada
Contra todos los reveses;
Es burlar los intereses;
Y vencer en la jornada.
Es no herir el corazón
De aquel ser á quien se adora,
Si en el pecho se atesora

Ese fuego, esa pasión.
 Los que la verdad prefieren
 Y son fieles y constantes,
 Esos si, que son amantes
 Esos dos si, que, se quieren.

CURRO VARGAS.

LA OBEDIENCIA

EPIGRAMA.

Formados para comer
 le dijo el cabo Govantes
 á un soldado, quinto aún,
 que se llamaba Collantes.
 —Cubre cual debes cubrir,
 á ese que tienes delante.
 Y el muchacho *obedeciendo*
 le puso el gorro al instante.

J. D. DE LIAÑO

A la Señorita M..... Lozano

En la mujer es extraño
 Que ame siempre la verdad
 Porque si no miente un poco
 No consigue hacerse amar.

Si tú mirada pudiera
 Penetrar en mi interior
 Grabado siempre vería
 Tu nombre en mi corazón.

Tengo por los rayos X
 Retratado tu interior
 Y en él he visto vacío
 El lugar del corazón.

R. HERNANIZ.

CANTARES.

Muy bueno tengo que ser
 Cuando Dios me da la *gracia*
 De que un angel como tú
 Me dirija la palabra.

Tus miradas, mi *serrana*
 Al *cabo* me han de matar
 Mas yo quiero ser suicida,
 No me dejes de mirar...

Busca socorro el mendigo
 Y descanso el caminante
 Y amor *tierno* y verdadero
 Mi corazón *palpitante*.

Aunque se, oponga tu *gente*
 A mi no me importa *ná*
 Yo siempre te he de querer
 Con la frente *levantá*.

Tu gente quiere volverte
 Para que tu me aborrescas
 Y yo empeñado en quererte
 Les diré las grandes *frescas*.

FERNANDO PINNA.

SEMBLANZA

De honestidad es modelo
 Es dechado de belleza
 Y su rostro luce el velo
 Celestial de la pureza.
 De rosa y nacar formada,
 De caracter placentero
 No es extraño que sea amada
 Con cariño verdadero.

FERNANDO PINNA.

EL ULTIMO ADIOS.

(CONTINUACIÓN).

—No delires, Eduardo; tú sabes, mi bien, las causas que motivaron mi resolución cuando, sin dejar de quererte, tuve que reconocer y confesarte la imposibilidad de realizar nuestros ensueños.

—¿Causas dices? Ninguna en absoluto puedes alegar, porque no hay fuerza humana capaz de hacer al corazón que sienta lo que no puede sentir; que quiera lo que aborrece, ni que odie lo que adora; ¿Basta, acaso, decir al corazón *Olvida* para que olvide? ¡Ojala que así fuese, pues lo he deseado muchas veces en que, llena de amargura mi alma, hasta he maldecido la hora en que te conocí, y hablando en voz alta como un loco, me dirigía á mi mismo los más feos calificativos que un hombre desesperado es capaz de discurrir, por ser tanta mi debilidad que ni olvidarte podía apesar de ver tu ingratitud.

—Tú sabes, (y no lo olvides ni un instante) que rancios y arraigadísimos enconos familiares nos separan; jamás tu padre hubiera consentido tu enlace con la hija del que en sangriento, pero leal combate, quitó la vida á un hermano suyo; mi padre por su parte, sus motivos tenía también para oponerse á nuestros deseos.

—Cierto, pero la oposición de nuestros padres ¿Era motivo suficiente para que nos dejáramos de querer? ¿Para que perdiéramos por completo nuestras más

risueñas esperanzas? Acaso fué ese obstáculo que no pudo superar tu voluntad guiada por tu cariño? ¡Tan escaso era éste!

A causa de eso olvidarte al hombre que se hubiera, gustoso, cien veces, sacrificado por tí, y á quien juraste....?

—No, Eduardo, olvidaste nunca; si no proseguí demostrándote afecto tiernísimo, análogo al que te demostraba en un principio, fué por obedecer á mis padres, que me prohibían hasta el que te mirase; si algunas veces, no obstante mis anteriores juramentos dejé, alegre, de sonriente, llevando con mis desvios tristeza infinita á tu apasionado corazón, odio tal vez contra mí, no fui perjura, que en el fondo de mi alma ardía la viva é inestinguible llama del amor veheméntísimo que en ella hiciste brotar; si yo á otro hombre escuché frases de cariño que no era el tuyo, y calmé sus dudas con efímeras promesas, palabras fueron éstas que el viento se llevó, sin tocar al alma, donde con vividos destellos de imperecederos recuerdos, residía tu idolatrada imagen...

—¿Incierto es todo eso, Aurora! la conducta que observaste, contradice tus palabras; ¿Cómo quieres, mujer inconstante, hacerme creer que no correspondías á mis delirios amorosos, porque tus padres se oponían, si yo que sé lo que es querer de verdad, se también que el amor cuando es intenso no se puede ocultar ni reprimir, y aumenta en grados cuando crecen los obstáculos que

se oponen á su desarrollo? Faltaste, sí, á tus juramentos, aunque tú creas lo contrario, desde el momento en que á mis demostraciones de cariño correspondiste con indiferencia marcadísima, que hoy quieres disculpar con frívolas propuestas, al mismo tiempo que á otro hombre dabas benévola acogida, y alegremente departías con él, sin acordarte del... insensato que había llegado á creer todas tus promesas!....

(Continuará).

NOTICIAS.

Advertencia.

Rogamos á los señores suscriptores de fuera de la Capital, que estén al descubierto con esta Administración se pongan al corriente en el término de diez días, pues de no hacerlo así nos veremos en la necesidad de suspender el envío del periódico.



Ha vuelto á recaer en la grave dolencia que padece, el digno funcionario de Pósitos D. Adolfo Pinna, padre del Administrador de esta revista D. Fernando Pinna Cabrera.

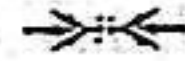
Hacemos votos por su restablecimiento.



Por dificultades surgidas á última hora, no ha podido comen- zarse en este número la anuncia

da publicación del Reglamento del Ateneo Escolar.

En el próximo número empezará su publicación.



Damos las gracias á nuestras lindas paisanas, por la buena acogida que nos han dispensado hace dos meses.



Ha fallecido en esta Capital el Sr. D. Domingo López García.

Damos el más sincero pésame á su familia.



Se compran y venden fincas. Rio, 20, darán razón

ESTRAGOS DE CUPIDO

Telegramas urgentes remitidos por

F. P. C.

Pronto verán satisfechas sus ilusiones un jóven propietario y distinguida señorita de esta Capital.

El *Juzgado* entiende en el asunto.



A causa de la Piñata, se muestra disgustado el jóven Pi....

La niña exclama: *Ah viles bai- les.*

